

laissez, laissez mon cœur s'enivrer d'un mensonge by heilburger

Category: It

Genre: Angst

Language: Spanish

Characters: Ben H., Beverly M.

Status: Completed

Published: 2019-09-17 18:09:10

Updated: 2019-09-17 18:09:10

Packaged: 2019-12-12 01:55:36

Rating: T

Chapters: 1

Words: 942

Publisher: www.fanfiction.net

Summary: La vida es una rueda cruenta, rota, hecha trizas.

laissez, laissez mon cœur s'enivrer d'un mensonge

Laissez, laissez mon cœur s'enivrer d'un mensonge

[Deja que el corazón de mentira se embriague]

Me han dicho que soy inocente. Inocente y tonta. Pero la inocencia que poseo es incapaz de retroceder el tiempo y deshacer los daños.

La única vez en que alguien me dio las gracias, antes de conocerlos a ellos, fue cuando logré reparar un antiguo reloj. La primera vez que se me agradeció por algo, no fue una persona quien lo hizo. La Inocencia. Nunca he amado a nadie. El amor es para la gente adulta.

No tengo vergüenza de mi ignorancia. Si fuese algo que realmente me dañara, haría girar las agujas de mi reloj y el tiempo se iría hacia atrás. Podría aprender lo que fuera necesario y luego regresar para ponerlo en práctica.

Hace tiempo que no me miro en un espejo. Tengo ojeras, porque hace mucho que no duermo.

Pasé un mes completo haciendo que mi miedo retrocediera cada noche al irme a dormir, tras experimentar el mismo terrible día. Por la inocencia, descubrí más tarde gracias a Ben, que tengo capacidad para tener amigos. Yo, Beverly, la niña marginada del pueblo, miembro del grupo de los perdedores, feliz después de mucho tiempo.

Si me concentrara lo suficiente, si lo deseara con profundidad y cada átomo de mi ser se llenara del anhelo, si lo intentara el tiempo suficiente, cerrando el error dentro de mí, para que pueda tener esperanza, las cosas podrían desviar su curso natural.

Ese curso natural y horrible que he visto y vivido.

Entonces el bate de baseball volvería a mi mano y destronaría al payaso de su reinado de terror.

El tajo en mi mano se cerraría y tal vez mi rostro volvería a sonreír

más a menudo. Me gusta pensar en todo lo que sucedería si pudiera retroceder incansablemente el tiempo, sin límites. Deshacer todos los días oscuros de mi niñez y hacerlos rebrotar llenos de luz. Encontrar un lugar menos excéntrico entre la humanidad.

Las heridas vienen a meterse dentro de mi piel. A ocultarse miradas insidiosas, en tanto ellos beben más y festejan, igual de felices que hace 27 años. Faltan perdedores, pero el brillo en la sonrisa de cada uno no les deja ver.

En algún momento, mi voluntad perecerá. Será rebasada por las circunstancias y todos mis compañeros serán tomados del cuello y hundidos en un mar de sangre, hasta hacerse cenizas. Quisiera tener más poder. Llevarlos a todos de nuevo a su cuna y formarlos de nuevo. Evitarles la muerte, el libertinaje, el sufrimiento.

Pero tal vez, la muerte es eso. Un retorno al hogar. No podría decir que Stan debería agradecerme.

Cuando miro hacia fuera, durante ésta eterna noche, el cielo es una espesa sopa de tinta negra y la luna osa sumergirse en ella, blanca, redonda, voluptuosa, libidinosa, pero sin evitar dolerme en la vista como un gramo de sal. Trago en seco, como si fueran vidrios en mi garganta.

Stan.

Mis manos están juntas, trato de no llorar, de combatir la culpa, pero es tan pesada que aplasta mis hombros, me desarma y vuelvo a tener 12 años. Me acomodo en la silla de madera barnizada y contengo la respiración.

—Estás muy tensa.

Sus palabras arden en mi piel estremecida.

¿Se desangra el cielo porque sentí dolor?

Poso mis dedos en su cuello, voy hasta el mentón, tratando de evitar temblar. Siento el aroma de su piel caliente y presiono mi boca contra su corazón para no llorar. Disfruto del tacto tibio y suave en el algodón de su ropa fresca.

—Lo siento— Como el chillido de una puerta, interrumpido por una lágrima que rueda por mi mejilla.

Pero ahora él toma un pañuelo blanco y me seca las lágrimas, pasando la tela por encima de mis labios húmedos. ¿Por qué sus ojos arden? ¿Por qué deben darme tanto pesar? Nunca pedí experimentar esto.

Sus mejillas blancas, sus ojos negros, su cuerpo tibio y dulce, como un algodón de azúcar.

Todas las muertes regresan de la grieta hacia esta realidad mía y nada ha cambiado.

Ben me sonríe, y acerca sus muslos aún malheridos.

Sus dedos se posan en mis hombros y su cabeza se descansa en mi cuello.

Desearía que no sucediera. Mis manos que acarician con miedo, porque pueden provocar dolor en vez de placer. ¡Torpes manos, las mías, inservibles por completo! No merecen esos besos.

—No digas eso, Bev, por lo que más quieras—Es dura su voz, está dolida y yo estoy llorando, porque mi cuerpo inútil está cansado.

Mi vista se hace borrosa, pero logro acariciar sus cabellos. Suaves como los de un bebé. ¡Oh, como si alguna vez hubiese yo cargado uno! Soy demasiado inexperta. Nadie me ha confiado a su hijo jamás.

-Lo siento.-Musito, sus manos descansando en mi espina, sus ojos entrecerrados, oscuros como el mar de noche.

Si pudiera al menos traer de regreso a Stanley, desde el fondo de las olas en las que se desangró, con los recuerdos que intentó salvar.

Sería mi pasión. Me sentiría pura otra vez.

Que resucitara íntegro con su perdón.

También recoger todo ese amor propio que una vez tuve.

Sé que tuve. Y hacerlo volver a mi alma para hacer realidad todos esos sueños.

No puedo.

El cabello de Ben es algodón suave. Cabello de muñeca humana, sumergido en sudor. En su sien derecha, el golpe de la garra de Pennywise.

—Nadie aquí merece relajarse tanto como tú. Por favor, Beverly. Por favor, déjame...Estoy aquí— Como el canto de los pichones, el pío quebradizo pero demandante e incesante.

La vida es una rueda cruenta, rota, hecha trizas.